

Dibujar después de construir

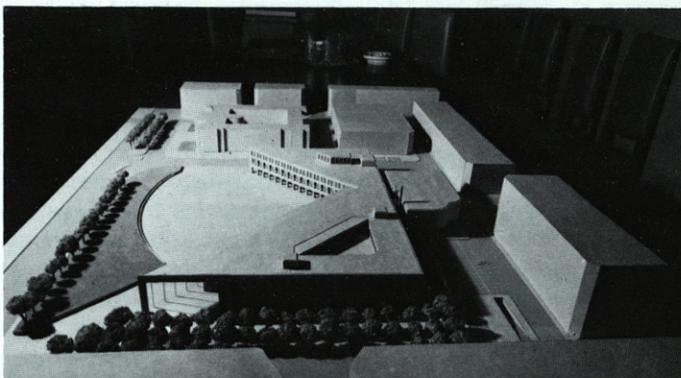
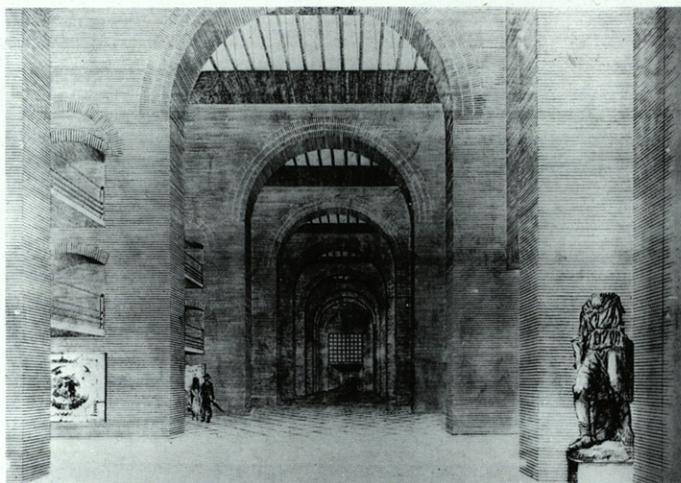
Eduardo Mangada

Quienes, como amigos interesados en la obra de otro amigo, hemos visitado el estudio de R. Moneo en los últimos tiempos, hemos podido ver tableros en los que se redibujaban las obras casi construidas del Museo de Mérida o se retocaba la maqueta del Ayuntamiento de Logroño, terminado y en funcionamiento hacia ya tiempo. En "El País", del día 29-12-84, en que se reconocía el éxito que supone el nombramiento de Moneo como director de la Escuela de Harvard, aparecía, junto a su cara de niño bueno, una espléndida perspectiva del citado Museo de Mérida, como imagen síntesis de los méritos profesionales que apoyaban tan importante nombramiento. Seleccionada por el periodista, o sugerida por el arquitecto, es significativo que fuese un dibujo, una representación abstracta y no una fotografía del hecho construido, el símbolo gráfico utilizado.

Dibujar edificios ya construidos o reproducirlos en maquetas, más o menos simplificadas, ha sido y sigue siendo un instrumento de trabajo del arquitecto y del estudiado de la arquitectura, sea crítico o historiador. Ejercicio que ha perdido más allá de la invención de la fotografía, el video o el cine. Método sin duda más costoso, y que demuestra la necesidad de ir más allá de la reproducción, para llegar a la reinterpretación de un edificio, que deja de ser sólo un objeto para ser base de un discurso, de un entendimiento, de un esquema intelectual; que no toma todo el edificio como válido, sino aquellas partes, o aquel concepto informador, significativos en la elaboración de una proposición teórica. Sea ésta estilística, o simplemente constructiva, los Viollet-le-Duc, los Wittkower o cualquiera de los grandes aprendices neoclásicos fueron, en este sentido, mucho más que fotógrafos de lápiz o pluma.

Sin embargo, cabe señalar una gran diferencia con esta tradición de los dibujadores de arquitectura ya hechas,

Eduardo Mangada nos envía este texto como reflexión personal sobre la arquitectura, a propósito de la obra de Rafael Moneo.



cuando el redibujar, o el hacer la maqueta de lo ya construido, se realiza por el propio arquitecto que lo proyectó y lo construyó. ¿Narcisismo? ¿Habilidad de publicista, que adecúa los planos de obra a la brillantez de la revista de élite? ¿Reflexión autocorrectora de su propia obra?

De todo puede haber en este quehacer. ¿Quién no ha visto "estudios" con las paredes cargadas de fotografías y perspectivas de las obras de su titular, casi con la misma complacencia, para mí un tanto impúdica, con que el alto ejecutivo o el ministro coloca la foto familiar, él incluido, en su mesa de despacho? ¿Quién no entiende la habilidad propagandística y el acierto de los "redibujos", que garantizan una más exitosa publicación en papel tela o couché? Son tareas que, aparte del ta-

lante o la pereza de cada uno, están incorporadas al quehacer normal y casi rutinario de unos profesionales, cuya finalidad es no sólo construir sino mostrar (automotrararse) lo construido. Algo sobre la arquitectura hecha para la fotografía, o, incluso, la fotografía de la arquitectura como contenido del debate cultural y académico, recuerdo haber leído escrito por Tafuri.

Más importante me parece cuando este dibujar o hacer el modelo a escala de lo ya construido, se escapa de las dos interpretaciones anteriores, para transformarse en acto de reflexión crítica sobre la propia obra construida, a través de un ejercicio de abstracción, de simplificación, de selección de los elementos que mejor definen la apuesta proyectual que acompaña a cualquier buen edificio. Ejercicio que

ignora o, decididamente, "borra" algunas partes del edificio reproducido, que estando en él, o no añaden nada sustutivo, o se introdujeron, más allá de la voluntad del proyectista o por impericia del mismo, como rebelde afirmación de autonomía del propio proceso constructivo.

Alguien podrá acusarme de ingenuo y decir, por el contrario, que en este redibujar la propia obra, sobre todo en lo no recogido, hay pura y simple astucia, escamoteo y maquillaje. Sin duda existe, pero yo estoy apostando por una tarea que, más allá de los subproductos espúreos, me parece valiosa y señala una auto-disciplina, una necesaria reflexión, como mecanismo (es decir artificio) inseparable de todo método científico, que es el repensar y el avanzar en bucles (Popper, Morin, etc.).

En este camino aplaudo los redibujos y maquetas de Rafael Moneo y creo poder apoyar esta apuesta, si pienso que para el Ayuntamiento de Logroño busca el material de reflexión en una maqueta, asépticamente blanca, para resaltar lo que él mismo entiende significativo en su propuesta, cuál puede ser el carácter áulico de un edificio público asentado y configurador de un espacio público, y, con una intencionalidad diferente, elige para el Museo de Mérida una perspectiva más próxima a las técnicas de la disección, sin referencia alguna al contexto urbano, que no a la representación de bullo entero o pictórica.

Y es, y termino, que en estos momentos en que ningún arquitecto resiste la tentación de una perspectiva, no todas las perspectivas, como no todas las maquetas, añaden algo a una buena planta y una sección. Ahí radica la diferencia, entre un mostrarse a la moda o usar el lápiz o la escayola para ir más allá del adorno, de la repetición, de lo superfluo y transformarse en material de comunicación y reflexión cultural.

E. M.